

SER ABUELOS



Permítanme ustedes una confidencia a las que no suelo ser muy dado: hace unas semanas he sido abuelo por vez primera, y he querido celebrarlo con mis lectores. Es difícil expresar con palabras lo que uno llega a pensar cuando un hijo se convierte en padre: ese ser pequeñito que estuvo tanto tiempo bajo tu protección crece, madura y se proyecta en la vida con el nuevo ser humano que llega, y que nos anuncia que la vida continúa a pesar de nuestros errores; que da igual lo que suceda, incluso lo mal o bien que lo hagamos, pues, con tozuda contundencia, cada minuto nacen miles de seres a los que estamos obligados a hacer un sitio en este atiborrado planeta, que debemos cuidar para ellos con mucha más dedicación.

La llegada de un nieto se vive, si cabe, con mayor placer, pues la inicial responsabilidad sobre el destino de ese recién nacido es de sus padres, y los abuelos podemos quedarnos con la parte buena de la situación. Lo que estresa, lo que apura, lo que suele producir miedo ante un nacimiento es la responsabilidad que se adquiere, la siempre cavilación de qué será de ellos: si tendrán una vida buena, o estarán sanos para poder llevarla. Por eso, la llegada de los nietos se ve con el júbilo propio de lo festivo, de lo genial, del pequeño ego de que lo tuyo se verá proyectado al menos durante un tiempo.

Quizás lo más emocionante de la experiencia sea contemplar los rostros de tus hijos cuando reciben a los suyos. Es un momento irreplicable, un mágico instante que podemos prolongar hasta el final de nuestros días comprometiéndonos con esos maravillosos recién llegados que llamamos nietos. Desde la atalaya de la edad, podemos ayudarles en muchas cosas, no sólo con regalos y adulaciones, sino también implicándonos en su crecimiento, educación, alegrías y pesares. Sólo desde esa perspectiva podremos prolongar la vida más allá de la nuestra. Solamente a partir de esa fantástica situación alegraremos la normal decadencia que, de una forma irreversible, acaba marcando la edad.

Bienvenida Adriana; este mundo tiene cosas terribles que me gustaría poder evitarte, pero al mismo tiempo es portador de situaciones extraordinarias que no me hubiera querido perder, como por ejemplo el hecho de que tú nacieras. Te prometo que seguiré trabajando para que tú y todos estos pequeños que llegan interrumpidamente a nuestro planeta puedan disfrutar de un lugar habitable, alejado de contaminaciones, guerras, enfermedades, odios, mentiras, banderas y religiones que separan. El mejor regalo que podemos hacer a un recién nacido es seguir empeñados en la búsqueda de cualquier paz. En esmerarnos en el cuidado medio ambiental de la casa común que tanto desaprensivo quiere destruir para su exclusivo beneficio. Y dialogar, protegiendo el hecho de que cada uno pueda expresar con libertad lo que quiera, incluso asumiendo opiniones dispares.

El mundo que nos tocó vivir a los que nacimos en los años cincuenta del siglo pasado fue muy duro en muchas cosas,

pero, por el contrario, más sencillo en otras. Los abuelos de ayer y los recién nacidos de hoy podemos convertirnos en el necesario contrapunto de un tiempo por vivir en el que, con toda seguridad, podemos aprender mucho los unos de los otros.